

La vanidad de la caballería
y otras historias de guerra
STEFANO MALATESTA

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *La vanità della cavalleria*

© Neri Pozza Editore, Vicenza, 2017

© de la traducción: Teresa Clavel, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: «Un oficial de caballería italiano y su caballo descienden por un talud durante un ejercicio de entrenamiento» (1911), de autor desconocido

© PA Images / Getty Images

ISBN: 978-84-17109-63-9

Depósito legal: B-927-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A las hermanas Materassi,
pródigas en cuidados y en avales bancarios,*

*y a mi secretaria, Elena,
que con poca paciencia y mucha capacidad
me ha ayudado a escribir este libro.*

ELOGIO DEL CABALLO.
DONDE NO SÓLO SE HABLA DE JINETES,
SINO TAMBIÉN DE CABALLOS

En *Los viajes de Gulliver*, Jonathan Swift atribuyó a los caballos, incapaces de mentir y enemigos de la violencia, ese comportamiento forjado a base de delicados sentimientos y sabiduría del que carecían los hombres: entre los nobles equinos y los brutales humanos existía un abismo, y la señal más evidente de esta diferencia física y moral era la marcha a cuatro patas de los caballos, mucho más potente, segura y digna que el tambaleante, afanoso y precario movimiento, accionado únicamente por las dos piernas, de los hombres. Trescientos años más tarde, un equipo de matemáticos tuvo que renunciar a crear un robot que caminara al trote o al galope como un caballo, porque era imposible reproducir la extrema complejidad de la marcha equina, en la que cada paso es guiado por sensores que analizan la orografía del terreno, el grado de elasticidad y la presencia de cuerpos extraños, e informan inmediatamente a la central de mando, transformando una simple cabalgada en un alarde de tecnología punta.

En los tiempos de Swift, la relación entre hombre y caballo aún no se había interrumpido definitivamente, como sucedería a principios del siglo xx con la aparición del automóvil. Un acontecimiento tan revolucionario que hizo afirmar a D. H. Lawrence: «El hombre ha perdido al caballo, y ahora está perdido». Ningún otro animal ha alcanzado una posición tan privilegiada en el complejo y vasto mundo de los mitos humanos como el caballo de batalla, hasta el punto de esta-

blecer inmediatamente una enorme e insalvable diferencia entre quienes lo utilizaban y quienes no. Para todos los pueblos de las estepas, tan sólo los jinetes tenían derecho a llamarse hombres, mientras que quien permanecía en pie era menos que nada, un ser inmundo que acababa siendo succionado por ese fango que se obstinaba en pisotear. Gengis Kan, inmediatamente después de conquistar China, ordenó abrir las presas e inundar y destruir los arrozales a fin de recuperar los pastos que había anteriormente, indispensables para los ponis de los mongoles. Sin embargo, la orden no llegó a ejecutarse, porque los consejeros de Gengis le hicieron ver que con los arrozales obtendrían mucho más oro del que se podía conseguir con los forrajes del mundo entero.

El elogio más antiguo que se conoce de un caballo lo escribió hace doce siglos uno de los jefes de las tribus nómadas que se desplazaban continuamente desde el macizo de Altái hasta las montañas de Ferganá. Lo que resulta impresionante es el afecto que el autor demuestra hacia su caballo, al que trata como a un viejo e íntimo compañero de aventuras y batallas, recordando todos los momentos que han pasado juntos, exponiéndose a peligros tanto en las carcerías de osos y lobos como en las incursiones a las aldeas de los pobladores sedentarios.

Esta relación entre hombre y caballo era tan estrecha en las poblaciones que habían hecho de este animal un medio de supervivencia que, para los nómadas, dudar de su inteligencia significaba dudar de la suya propia. Nadie esperaba de ellos ni les exigía una conducta imitativa como la de los monos. El caballo se halla inmerso en todo un mundo al que se remite para comportarse de uno u otro modo. Los tests de inteligencia que se llevan a cabo con animales son erróneos, porque se fundamentan en el grado de imitación de los hombres y no en su verdadera capacidad intelectual.

Sin embargo, muchos test continúan apoyándose en la capacidad mimética como prueba irrefutable para valorar el coeficiente intelectual de los animales, tratando de identificar cualquier semejanza en los comportamientos que desde el punto de vista científico no tiene ni pies ni cabeza. Una de estas pruebas consiste en poner delante del caballo dos contenedores con comida, uno colocado de manera que la comida se vea y otro en el que la comida esté cubierta con un paño. El desinterés absoluto que el caballo muestra por el experimento y su incapacidad para distinguir los contenedores se han aportado como prueba de su escasa inteligencia, claramente inferior a la de cualquier perro, que no sólo distingue uno de otro, sino que coge la comida y se la lleva, como también haría un hombre. Pero esto sucede, no porque el perro posea una inteligencia superior a la de un caballo, sino porque es carnívoro y, como tal, está entrenado para luchar por la supervivencia entre carnívoros, los cuales no pueden dejar escapar ninguna ocasión de disfrutar de una buena comida. En cambio, la comida de los herbívoros está siempre ahí, disponible, no exige prisa alguna, simplemente espera ser triturada por la mandíbula de un caballo.

Otra de las leyendas que persiguen a los caballos es su supuesta cobardía. Se cree que el caballo es un animal temeroso porque nunca ha adoptado esos códigos de honor que los humanos asumen en la guerra, a menudo dispuestos a morir metiéndose en la boca del lobo sin saber muy bien por qué. Algunos historiadores, deseosos de participar también ellos en la abundantísima literatura sobre Waterloo con una contribución extravagante, han achacado el fracaso de la famosa carga de todos los escuadrones de la caballería francesa —coraceros, húsares, cazadores y ulanos—, que se lanzaron incautamente sin la cobertura de la artille-

ría y la infantería contra las colinas de Mont-Saint-Jean, donde aguardaban los cuadros en formación de los casacas rojas con Wellington a la cabeza, al terror del que habían sido presa los caballos. Sin embargo, ante el amenazante destello de las bayonetas que despuntaban de entre los cuadros como púas de erizo, los caballos no se mostraban ni temerosos ni valientes: simplemente tenían una excelente memoria.

Y recordaban a la perfección que en otras situaciones aquel destello había significado la muerte para muchos de ellos. A falta de otras motivaciones, sólo intentaban evitar el mismo fin.

Un hombre que conocía bien a los caballos, Amedeo Guillet, famoso por sus cargas nocturnas en Etiopía al frente de las bandas amhara contra los campamentos ingleses, recibió unos años antes el encargo de buscar una montura adecuada para el Duce, que quería a toda costa ir a la Trípoli de Libia y desenvainar la espada del islam con la que iba a obsequiarlo la población montado a lomos de un caballo: una exhibición delicada, porque el Duce no era un buen jinete y a su séquito le horrorizaba la posibilidad de que sufriera una caída.

Guillet viajó a Europa con el fin de escoger una serie de caballos que fueran imponentes y a la vez tranquilos, de mirada clara y movimientos raudos, pero no bruscos, y los llevó a Trípoli, donde los instaló en unas cuadras y les dispensó todo tipo de cuidados. Todas las noches ordenaba disparar descargas de ametralladora detrás de las caballerizas. Cuando éstas terminaban, se les llevaba a los caballos el mejor forraje posible, de modo que lo asociaran a los disparos y, con la excelente memoria que tenían, permanecieran tranquilos en caso de que se produjera un atentado.

Al hombre occidental, educado en el seno de una cultura que lo ha situado siempre en el centro del universo y que es

sensible a la mística del Hombre como Valor Supremo —sin comparación posible con cualquier otro elemento de la creación, y no digamos con los animales—, le ha resultado muy difícil mantener una relación con el caballo que vaya más allá de la prestación del animal, aunque, como hemos dicho, mitificara sus cualidades cuando éstas se hacían extensivas al jinete. Cualquiera que haya tenido un trato cercano con un caballo habrá reparado en que no soporta que le den palmadas en los cuartos traseros, esas que dan los cretinos que quieren demostrar una familiaridad con el animal de la cual carecen. Esto se debe al hecho de que, aunque vuelva la cabeza, el caballo no consigue ver lo que está sucediendo en la parte de la cola, una zona muy sensible que eligen los predadores o el macho dominante de la manada para atacar.

Por lo tanto, cualquier intervención externa que el caballo advierte en esa zona le produce una gran irritación. Estos y otros comportamientos son conocidos por criadores y jinetes, pero casi nunca se atribuyen a una personalidad que deba tratarse con el mismo respeto que la humana.

El acontecimiento más extraordinario en la vida de los caballos ha sido su domesticación. No obstante, éste no se ha producido por mediación de los hombres, sino por la propia voluntad de los caballos. Cansados de los peligros que corrían en su vida libre en la sabana, han preferido cambiar la libertad por la seguridad y la protección. Hay otros cuadrúpedos más orgullosos o más alocados que han hecho una elección distinta e incluso contraria. Intentad pedirle a uno de esos vaqueros que trabajan en los ranchos que monten y domen a una cebra. Por alguna razón que desconocemos, las cebras han hecho una elección distinta. Y el vaquero te responderá que nadie es capaz de hacer una cosa tan estúpida como domar a una cebra, una empresa imposible.

LA IRREPRIMIBLE VANIDAD DE LA CABALLERÍA

El conservador de los uniformes militares del Victoria & Albert Museum dijo una vez que la historia de los uniformes debe considerarse a través de la jerarquía, la comodidad y la fascinación, tres aspectos de igual importancia. Sin embargo, la comodidad siempre ha cedido el paso a la fascinación. Ante la disyuntiva de parecer más atractivos o ir más cómodos, el cuerpo de caballería siempre ha preferido la primera opción, incluso a costa de algún sacrificio. Cuando la caballería austríaca desfilaba ante Francisco José en el castillo de Schönbrunn, sus soldados competían por ver quién era capaz de mantener la espalda más erguida, y el mejor de todos era el propio emperador, quien a los ochenta años tenía el porte de un muchacho.

No existe casco más absurdo e incómodo que el colbac de piel de oso que todavía llevan los granaderos de la guardia de la reina de Inglaterra. No se sabe muy bien cómo nació el colbac. Probablemente en Rusia, para que los soldados que lo llevaban parecieran más altos y amenazadores, como si la piel que les cubría la cabeza fuera una muestra de su agresividad. Entre los primeros que lo llevaron destacan los granaderos de la guardia del *Empereur*, llamados «los dioses»: gigantes taciturnos que sólo pensaban en el siguiente ataque con la bayoneta calada. Cuando aparecían sus colbacs en el campo de batalla, los enemigos se echaban a temblar. Incluso el gran Wellington, al verse obligado a ponerse en la cabeza ese extraño artefacto con ocasión de una ceremonia oficial, fue desarzonado por una ráfaga de viento que

convirtió el colbac en una vela. Napoleón llevaba siempre un tricornio y una levita gris, que era el uniforme de los coroneles de los dragones; quizá se encontraba a gusto con los que tenían su misma estatura. Porque todos los dragones eran bajos y cuellicortos, mientras que los coraceros medían un metro ochenta.

La vanidad de la caballería alcanzó niveles exponenciales cuando lord Brummel impuso el blanco y negro para los trajes de gala de los civiles, mientras que los colores quedaban reservados a los militares. Así, en las fiestas y ceremonias todos los miembros del gobierno y las autoridades civiles iban lúgubrememente acicalados con levitas negras con cola que les otorgaban un aspecto de sepultureros fuera del cementerio. En cambio, los militares se exhibían como pavos reales, presumiendo sin tino y adoptando afectadas poses.

El siglo XVIII fue el de los uniformes más recargados y ostentosos, de las randas, los encajes y las sedas que usaban los oficiales para su vestimenta. Uno de los momentos más divertidos y alegres de una guerra nada alegre como la de los Siete Años fue cuando diez mil franceses del cuerpo de expedicionarios, capitaneados por el príncipe de Soubise, abandonaron apresuradamente la pequeña ciudad de Gotha, dejando allí todo el equipaje. Éste fue requisado por los húsares de Hans Joachim von Zieten. Cuando abrieron los enormes baúles, salió de ellos todo un guardarropa de lujo que los franceses habían llevado directamente desde Versalles: calzoncillos largos de seda y, en general, ropa interior cuyo uso los húsares desconocían por completo. Había también papagayos, gatos, perros, en fin, todo un zoológico, junto a vestidos femeninos para regalar a las putas que seguían al ejército. Los húsares encontraron, además, una cantidad increíble de *confit de canard*, *foie gras*, excelentes salchichones y productos de una gastronomía refinada servida por cocineros que también habían sido abandonados

en Gotha. En Prusia nunca se había visto semejante lujo, y los rudos jinetes de Von Zieten organizaron un desfile de moda poniéndose los calzoncillos de seda en la cabeza, una escena de lo más cuartelaria.

El ejército de María Teresa de Austria estaba formado por hombres de diferentes nacionalidades, cada una con su uniforme tradicional. Los austríacos vestían siempre de blanco y sus oficiales eran los más elegantes de Europa. Esta elegancia fue en aumento a lo largo del siglo XIX y era inversamente proporcional a las victorias. Desde que el terrible mariscal Radetzky (el que importó el escalope a la milanesa a Viena, convirtiéndolo en el plato más apreciado y sabroso de la capital) se jubiló, los austríacos empezaron a perder las guerras. Cada vez que se producía una derrota, los sastres de los oficiales confeccionaban sus casacas más ajustadas que antes, a fin de que desfilaran muy tiesos en Schönbrunn ante el emperador. El color blanco permitía localizarlos de inmediato, incluso a distancia. Pero había otros uniformes: los prusianos azules, por ejemplo, que no se distinguían demasiado de los azules franceses y rusos. Esto constituía un problema en los bombardeos a distancia, ya que no se veía bien si se estaba apuntando a los enemigos o a los aliados.

En Prusia, los oficiales eran aristócratas, porque Federico creía que el coraje sólo se hallaba en la sangre azul. El *fair play* era de rigor entre ejércitos adversarios y a veces traspasaba todos los límites. Un capitán francés que se encontró de improviso frente a un contingente inglés ordenó a sus hombres que se detuvieran y, haciendo un amplio gesto con el sombrero, dijo: «*Messieurs les Anglais, tirez vous les premiers*». Los ingleses, sin que tuvieran que repetírselo dos veces, dispararon y mataron a más de un soldado. Algunos oficiales, particularmente ricos o particularmente vanidosos, prendían en las bandas de seda cruzadas sobre el pecho

valiosos alfileres y objetos de oro como cadenas o relojes. El famoso comandante Von Seydlitz llevaba en el tricordio un broche de diamantes y esmeraldas cabujón. Más de doscientos años antes, Francisco I de Valois, rey de Francia, fue desazonado durante la batalla de Pavía y estuvo dos veces a punto de que los lansquenets y los hombres de los tercios españoles le cortaran las manos para apoderarse de sus anillos. Lo salvó el condestable de Borbón, apartándolo de la contienda. El escritor Gregor von Rezzori confesó en un libro de memorias que, cuando era un jovencuelo ocioso, se sintió tentado de inscribirse en las SS, no por razones políticas, sino estéticas. Las SS llevaban un uniforme elegantísimo, con las botas más bonitas que uno podía imaginar; eran suaves, relucientes, y daban un toque especial a toda la vestimenta. Afortunadamente, cambió de opinión.

En Italia, militares famosos como el duque de Aosta llevaban sombreros antirreglamentarios: el más logrado era el que lucía el heredero del trono Humberto II de Saboya, conocido como «el cazo», que combinaba perfectamente con sus inmaculadas y elegantísimas polainas, a juego con los pantalones de montar ajustados a la altura de la rodilla. Los italianos, pese a ser magníficos sastres, han sido poco creativos con los uniformes. Durante el fascismo, los jefes se sentían en la obligación de ponerse en verano una americana blanca de lino o una sahariana, como hacía Alessandro Pavolini. La sahariana era una chaqueta apropiada para hombres altos y les sentaba de maravilla a tipos como el conde Raimondo Franchetti, al que los ingleses hicieron saltar por los aires durante un vuelo. En cambio, la sahariana daba inevitablemente un aspecto desmañado a los soldados que tenían «el culo más bajo de Europa», como decía el escritor Ennio Flaiano.